

# 9

## La América precolombina y colonial

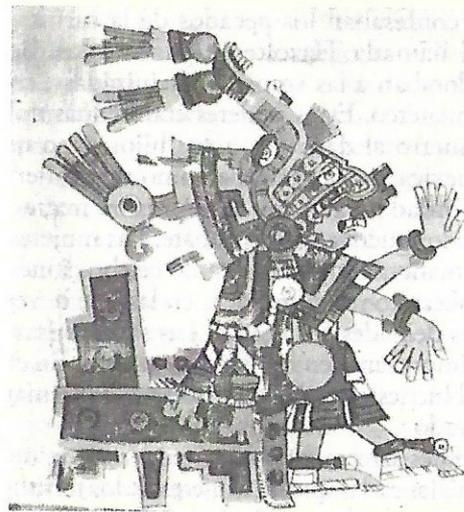
Cuando el 12 de octubre de 1492 las tres naves lideradas por Cristóbal Colón avistaron tierra tras una larga travesía por la mar oceánica, poco se imaginaban que ante ellos se escondía un extenso continente que atravesaba el planeta de norte a sur. La llegada de la civilización europea, que por aquel entonces empezaba a vislumbrar las luces de la modernidad, a aquellas tierras ignotas supuso un inevitable y dramático choque de culturas. Ante los marineros que pisaron lo que aún creían era la antesala de las Indias Orientales aparecieron unos pueblos muy distintos a ellos. Unas culturas que llevaban siglos avanzando por las sendas selváticas del Amazonas, por las llanuras mexicanas y las hermosas cimas montañosas del Perú. Hombres y mujeres que miraron con sorpresa aquella invasión venida del este y que supondría para ellos su progresiva e inexorable extinción cuando no sometimiento.

Empezaba una larga y dramática historia de descubrimiento y colonialismo europeo en América. Pero la historia del nuevo continente no arrancó en 1492. Hacía siglos que sus imponentes paisajes estaban poblados. Muchas fueron las culturas que en él se asentaron, destacando por su magnitud, el mundo maya, azteca e inca. En estas tres grandes civilizaciones, el papel que tuvieron las mujeres es similar al que se dio en otras sociedades americanas. Lo que más impactó a los hombres y mujeres que se toparon con ellas fue su libertad sexual y una cierta indiferencia por la virginidad, a la que no todos los pueblos daban la misma importancia. También veremos cómo algunos de los elementos primigenios de dichas culturas comparten similitudes poco menos que curiosas con otras culturas lejanas y que ya hemos visto hasta ahora.

#### LA MUJER EN EL MUNDO AZTECA

México fue durante siglos cuna de muchos y diversos pueblos que terminaron viéndose sometidos al poderío azteca hacia el siglo xiv de nuestra era. Civilización caracterizada por un marcado sincretismo, los aztecas asumieron muchas de las deidades masculinas y femeninas de los pueblos con los que entraron en contacto. Las representaciones más antiguas que se han encontrado son casi exclusivamente de diosas de la fertilidad, pequeñas figuras en las que lo que más destaca de su fisonomía son sus caderas.

Las historias ancestrales que definen el nacimiento del mundo y el origen del panteón divino de los aztecas son múltiples. Una de las más conocidas y populares nos habla del inicio de la vida gracias a la unión de Ometecuhtli, el principio masculino que representaría al sol y al fuego, y Omecihuatl, imagen del principio femenino, la tierra



Representación de la diosa Xochiquetzal en una de las páginas del Códice Borgia, un compendio de manuscritos precolombinos que hoy en día descansan en la Biblioteca Vaticana (Italia). La diosa Xochiquetzal es una de las muchas deidades femeninas del panteón azteca. Su nombre significa algo así como «flor-pájaro precioso». Es una diosa de la fertilidad además de personificar la belleza y el amor.

y el agua. El hecho de que el origen del mundo azteca se basara en la esencia femenina y masculina por igual, ha hecho pensar a algunos expertos que las mujeres no se vieron sometidas al poder de una sociedad patriarcal. Esta dualidad habría engendrado cuatro hijos, uno de los cuales sería el gran dios Quetzalcóatl. Muchas otras leyendas y una amalgama de dioses y divinidades femeninas auspiciaron el nacimiento y desarrollo de la civilización asentada en Tenochtitlán desde 1325.

En el mundo azteca encontramos diosas madre, diosas del amor y de la fertilidad, guerreras, incluso diosas

a las que confesaban los pecados de la carne, como la divinidad llamada Tlazolteotl. Junto a las diosas, los aztecas adoraban a las «mujeres divinizadas», conocidas como Cihuateteo. Estas mujeres eran damas nobles que habían muerto al dar a luz a sus hijos, algo que en el ámbito mexica se consideraba como una muerte digna de ser recordada y alabada de la misma manera que la muerte de los guerreros en combate. Las mujeres participaron de manera muy activa en las celebraciones rituales tanto públicas como domésticas en las que se veneraba a todas estas deidades femeninas. Las sacerdotisas ejercían un papel importante en los templos aztecas. En ellos velaban por el bienestar de los sacerdotes y mantenían vivo el fuego sagrado.

Las élites aztecas forjaron su poder a base de alianzas matrimoniales en las que las mujeres de los territorios aliados eran moneda de cambio para sellar pactos estratégicos. Estas mujeres se formaron a su vez para convertirse en sacerdotisas, escribas o poetisas. Algunas llegaron incluso a ostentar el poder y a defender su territorio como auténticas guerreras.

La sociedad azteca se basaba en la familia monógama aunque se han documentado casos de poligamia, sobre todo en las clases nobles y entre los combatientes a los que se les regalaban varias mujeres cuando volvían victoriosos de la guerra. El matrimonio era la mayoría de las veces una unión concertada por los padres del novio que elegían a la muchacha adecuada para él. Los rituales que precedían a la unión de un hombre y una mujer eran muy similares a los que hemos visto ya en algunas de las primeras civilizaciones europeas y de Oriente Próximo. La víspera del gran acontecimiento, la novia se arreglaba con gran detenimiento realizando un baño ritual y adornándose con plumas de color rojo. Antes de que terminara el día, los parientes del novio la recogían en su casa y se la llevaban

en una procesión hasta lo que se iba a convertir en su nuevo hogar. Sentados junto al fuego, se ataba el manto del novio a la blusa de la novia y se iniciaba el banquete y la fiesta que culminaría con la entrada de ambos en la habitación conyugal donde permanecerían cuatro noches tras las cuales se celebraría la última ceremonia. El matrimonio así instaurado podía disolverse por ambas partes en casos como el abandono del hogar, la esterilidad de la mujer o la falta de apoyos en la educación de los hijos. Si la razón era el adulterio, los bienes del culpable se repartían entre ambos cónyuges y la custodia de los hijos solía recaer en la madre aunque también podía suceder que los hijos varones quedaran a cargo del marido. Como dote, la futura esposa recibía parte del patrimonio de su familia, que podía legar a su vez a sus propios hijos.

La esposa, sumisa y obediente como se le había inculcado que debía ser, iniciaba su nueva andadura como mujer adulta y se preparaba para llevar el hogar y convertirse en madre. El nacimiento de un nuevo vástago se preparaba con gran cuidado en una pequeña construcción adosada a la casa familiar que se conocía como *temazcal*. Allí, la futura madre daba a luz agachada ayudada de una comadrona y acompañada de las mujeres de la familia. A pesar de que no existen indicios arqueológicos ni documentales que nos hagan pensar en que el nacimiento de una niña se recibía con menos alegría que la de un niño, como sí sucedía en otras culturas ancestrales, se celebraba un pequeño ritual que identificaba el rol de cada uno de los sexos. El cordón umbilical de un bebé nacido varón se enterraba en campo abierto, simbolizando el lugar del guerrero, mientras que el de una niña se depositaba cerca del hogar, pues ese iba a ser sin duda su principal lugar en su existencia.

Los hijos e hijas eran alimentados hasta los tres o cuatro años con lactancia materna. Era a esa edad precisamente

cuando las niñas iniciaban su educación al lado de la madre y de las otras mujeres del grupo para empezar su aprendizaje en las labores del hogar. Existían, sin embargo, algunas instituciones educativas en las que tanto niños como niñas podían ingresar. Eran una suerte de conventos en los que se vivía bajo normas estrictas de pureza y virginidad aunque en cualquier momento podían abandonarlos para contraer matrimonio o por voluntad paterna.

La sociedad azteca previa a la llegada de los españoles estaba claramente jerarquizada. Las mujeres nobles dedicaban su vida a dirigir sus extensas propiedades y a sus sirvientas. Las damas nobles hilaban, tejían, cardaban, igual que el resto de mujeres trabajadoras más humildes, pero lo hacían con artilugios que les facilitaban dichas labores. Dura era la existencia de las campesinas que se encargaban, como sus homólogas europeas, de las muchas tareas que requería el campo además de organizar la casa y hacerse cargo de los hijos. Comadronas, artistas, curanderas y trabajadoras en algunos talleres textiles eran algunas de las profesiones de las mujeres aztecas. Hubo también quienes alcanzaron una cierta independencia económica gracias a sus actividades comerciales.

Todas estas mujeres vivían en una suerte de igualdad legal con respecto a los hombres en tanto que disponían de derechos jurídicos como participar en juicios y firmar contratos y no se las consideraba como menores de edad.

### LA MUJER EN EL MUNDO DE LOS MAYAS

Formada por una cincuentena de estados independientes, la civilización de los mayas se extendió por un vasto territorio desde América Central hasta buena parte de lo que es hoy El Salvador. Como en muchos otros pueblos, las



Diosa maya Ixchel, representada en una cerámica. Museo de Bellas Artes de Boston, Estados Unidos. Ixchel fue una de las diosas del panteón maya. Era protectora de las comadronas y de la medicina.

divinidades femeninas se asociaron mayoritariamente a la madre tierra y a la fertilidad. Consideradas las portadoras de las virtudes de las diosas en la tierra, las mujeres mayas tuvieron un papel muy activo en las diferentes ceremonias religiosas.

En la esfera del poder, algunos de los primeros linajes y dinastías de gobernantes surgieron por línea femenina y algunas de aquellas mujeres ostentaron el poder en primera persona, como una reina conocida con el nombre de Señora de Tikal. Muchas otras gobernaron en las distintas ciudades y estados que conformaron el reino maya, cuya identidad ha permanecido hasta nuestros días, demostrando que tuvieron un destacado protagonismo como reinas, gobernadoras o legitimadoras del poder.

Como en el caso de la sociedad azteca, los matrimonios mayas se forjaban a partir de la elección paterna, sin que la futura esposa pudiera dar su opinión sobre su futuro marido. Su rol era el que ya hemos visto en reiteradas ocasiones, ser madre y esposa, y su vida transcurría dentro del hogar y realizando tareas en el campo o relacionadas con el ámbito textil.

### LA MUJER EN LA SOCIEDAD INCAICA

Viajamos hacia el sur del continente americano para adentrarnos en la vida de las mujeres que vivieron en la extensa zona de los Andes antes de la época colonial en la que se erigió el imperio incaico. Antes de entrar en las calles de su hermosa capital, Cuzco, un breve repaso a algunos vestigios arqueológicos pertenecientes a distintas culturas preincaicas nos da alguna pista del rol de las mujeres en ellas. Perteneciente a la cultura chavín descubrimos a la Venus de Frías, una figurita moldeada en oro que supone la representación femenina más antigua de dicha cultura y simboliza muy probablemente el culto a la fertilidad. Los enterramientos de mujeres pertenecientes al mundo chavín parecen indicar que nos encontramos ante una sociedad basada en el parentesco matrilineal. De la cultura moche nos han llegado vestigios de tumbas femeninas entre las que destaca la de una sacerdotisa en San José de Moro.

En el territorio que hoy ocupa el Perú, se impuso por encima del resto de culturas un imperio basado en el poder de su señor soberano, el inca. El dios soberano del panteón incaico era Viracocha, por debajo del cual se encontraba la pareja divina formada por el Sol y su hermana Luna, conocida como Mamakilya o madre Luna. Otras divinidades femeninas como Mamacocha o Pachamama, relacionadas

con la tierra y la vida, eran veneradas por las mujeres incas y su culto estaba organizado principalmente por ellas.

El Imperio inca se asentaba sobre el poder de su emperador. El inca debía tomar una esposa que legitimara su descendencia. Esta, conocida como coya, era elegida entre sus hermanas, manteniendo así la pureza dinástica y siguiendo la estructura divina de las divinidades hermanas, el Sol y la Luna. El incesto era solamente aceptado en el nivel más alto del escalafón social que suponía la estricta pirámide incaica pues estaba prohibida para el resto de uniones. Junto a la esposa principal, el inca podía tomar otras esposas secundarias elegidas entre los linajes nobles. Las coyas, consideradas seres sagrados como sus esposos, los incas, no ejercieron el poder por sí mismas salvo en situaciones concretas y circunstanciales, pero influyeron en el gobierno de sus esposos e hijos.

En el mundo inca existió una institución original conocida como *Acllahuasi*. Era algo así como la «residencia de las escogidas». En ellas vivían mujeres hermosas escogidas por un representante del inca a lo largo y ancho del imperio. Trasladadas a las *Acllahuasi*, las *acllas* aprendían los rudimentos de las labores textiles y esperaban pacientemente a que su destino fuera determinado por la voluntad suprema, tiempo en el que debían permanecer vírgenes. Mientras algunas regresaban a sus hogares, otras eran escogidas para participar en rituales religiosos y las más afortunadas eran destinadas a permanecer junto al inca. También existían las que eran trasladadas a vivir con algún noble como su concubina. Las que permanecían en el *Acllahuasi*, las «vírgenes del Sol», continuaban elaborando la ropa del inca y de toda la familia imperial y dedicaban su vida a los ritos religiosos.

Las labores textiles eran también responsabilidad de las mujeres más humildes de la sociedad incaica, las cuales también se dedicaban a las tareas del campo y a cuidar de

sus hijos y del hogar. El matrimonio en el mundo incaico se materializaba después de un ritual público en el que un emisario del inca organizaba a los hombres y las mujeres en filas enfrentadas entre sí y unía a los futuros cónyuges sin consultarles sus preferencias. Los matrimonios se incluían en una unidad social superior, el *ayllu*, formado por un conjunto de familias que se relacionaban en un mundo de solidaridad cerrado.

### LAS INDIAS DE LAS TRIBUS NORTEAMERICANAS

Las tribus que vivían en la zona norte del continente americano tardarían aún un tiempo en ver y sufrir la llegada de colonizadores europeos que, en este caso, ya no fueron solamente españoles, pues en la carrera por la colonización de América se sumaron otros estados como Francia, Holanda o Inglaterra.

Los hombres y mujeres que arribaron a la costa este de lo que hoy son los Estados Unidos se encontraron con unas tribus indígenas en las que las mujeres jugaban unos papeles bastante diferentes a los que estaban acostumbrados a vivir en el Viejo Continente. A pesar de que no se puede generalizar en lo que respecta a la situación de las mujeres en América del Norte, en casi todas las tribus jugaron un papel activo y a veces incluso de ejercicio del poder.

Los navajo y los cheroquis, por ejemplo, eran sociedades matrilineales, en las que la filiación pasaba de madres a hijos. En la tribu de los iroqueses, las mujeres participaban en los consejos tribales de manera activa, tomando decisiones en igualdad de condiciones a los hombres, algo que también sucedía entre los miembros de la tribu de los cheroquis, en la que existieron también mujeres guerreras honradas y admiradas por los miembros masculinos del grupo.

### CHOQUE DE CIVILIZACIONES

Cuando el mundo europeo pisó las costas americanas e inició su lento pero inexorable camino hacia la exploración y posterior colonización, los grandes imperios, aztecas e incas, se encontraban sufriendo crisis internas que fueron aprovechadas por los conquistadores para derrocarlos e imponer un nuevo orden político, social y cultural.

A pesar de la terrible repercusión que supuso la llegada de los españoles para las tribus e imperios de la América prehispanica, su bagaje histórico no pudo ser borrado de un plumazo. La nueva sociedad colonial impuso estructuras importadas de la España moderna, pero no fue un trasvase «limpio», pues la esencia de mexicas, incas y demás civilizaciones permaneció y se entremezclaron como lo harían los hombres y mujeres de ambos mundos, aunque sufriendo un declive y una marginación cercanos en muchos casos a la desaparición.

En lo que se refiere a las mujeres, los hombres europeos, impregnados de creencias cristianas y no pocos prejuicios hacia el sexo opuesto que acarrearón en sus carabelas, se vieron sorprendidos por algunos de sus roles sociales. Para ellas fue igualmente dramático el encuentro con los recién llegados, pero su sufrimiento se vio incrementado por su condición femenina. A la misoginia que no se olvidaron en los puertos de los que zarparon, se sumó el desprecio que provocó en los españoles la visión de aquellas mujeres semidesnudas y con una concepción del sexo más natural que la encorsetada y plagada de prejuicios que la larga tradición cristiana había incrustado en sus valores morales.

Igual que los indios no se quedaron de brazos cruzados, sus mujeres protagonizaron casos de resistencia excepcional como el de Anacaona, esposa del cacique de la tribu de los taínos, Caonabó, asentados en la isla conocida

entonces como La Española. Tras la muerte de su marido, Anacaona se mantuvo firme como líder de su pueblo y resistió unos meses más hasta que fue ejecutada por orden del gobernador de la isla Nicolás de Ovando. Por desgracia, muchas otras mujeres seguirían la misma suerte que Anacaona y las que permanecieron con vida fueron en su gran mayoría tratadas como parte del botín de guerra.

Durante los viajes de Colón y los que se sucedieron en las primeras décadas del siglo XVI, viajaron principalmente hombres, estando documentada la presencia esporádica de alguna mujer a partir del tercer viaje colombiano. Pero a medida que la presencia española en las Indias Occidentales empezaba a afianzarse, ellas también emprendieron el viaje a ultramar. Era necesario, según las autoridades de España, trasladar el modelo social de familia patriarcal y cristiana, a la vez que se imponía la necesidad de adoctrinar a los pueblos paganos que, según la óptica del colonizador, debían emular el único modelo posible.

Las mujeres que viajaron a América eran casadas y solteras. Entre las primeras se encontraban las esposas de los primeros hombres que se habían asentado al otro lado del Atlántico, pues las leyes españolas impusieron el reencuentro de los cónyuges. Tierra soñada en la que muchos vieron nuevas oportunidades de ascensión social, atrajo también a las jóvenes solteras. Pero de la misma manera que para los hombres, los primeros años de la conquista se vieron expuestos a muchos peligros, las mujeres pioneras tampoco se libraron de poner en riesgo su propia vida. Hubo también heroínas que protagonizaron algunos de los episodios más violentos del choque entre los españoles y los indígenas.

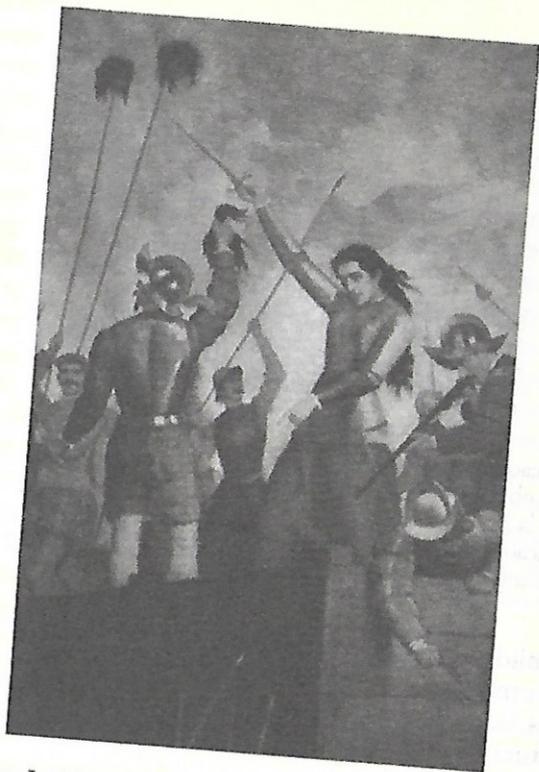
Al finalizar el siglo XVI, miles de mujeres españolas habían llegado y se habían instalado en el Nuevo Mundo. Desde damas nobles hasta muchachas de condición



Anacaona, esposa del cacique taíno Caonabó. Grabado incluido en la obra *Vida y viajes de Cristóbal Colón* (1851). Fondo Antiguo de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla. En este grabado, Anacaona fue inmortalizada recibiendo el halago de su pueblo al que intentó proteger de los colonos tras la muerte de su esposo.

humilde, unas llegaron siguiendo la estela de sus maridos mientras que otras buscaron nuevas oportunidades. Todas ellas, de un modo u otro, ayudaron en la transmisión de la cultura hispana en la nueva sociedad que la colonización forjó en América.

A pesar del empeño de la Corona española de mantener la pureza de la cultura hispana, la mezcla interracial fue inevitable. Durante los años de la llegada de los primeros navegantes, descubridores y exploradores, las mujeres indígenas vivieron en su propia piel la violencia ejercida por unos hombres que vieron en ellas infieles indignas y objetos sexuales fáciles de alcanzar. De estas uniones infames y a menudo esporádicas surgirían los primeros mestizos. Pasado el primer siglo de presencia hispana en América, estos mestizos fueron creciendo en número, así como los criollos, nombre con el que se denominaban



ORTEGA, José Mercedes. *Doña Inés de Suárez en la defensa de la ciudad de Santiago* (1897). Museo Histórico Nacional, Chile. Inés de Suárez pasó a la historia no sólo por ser una de las fundadoras de Santiago de Chile junto al conquistador Pedro Valdivia, sino por haber protagonizado uno de los actos más crueles de la batalla por los territorios americanos. Ante la lucha encarnizada con los pueblos indígenas que ocupaban el actual Chile, Inés de Suárez no dudó en decapitar a sus siete caciques presos para atemorizar y amedrentar al enemigo. Inés mantuvo una relación extramatrimonial y escandalosa en aquella época con Valdivia, pero terminó sus días como la devota esposa de Rodrigo de Quiroga y realizando obras de caridad.

a los descendientes de españoles nacidos en el nuevo continente.

El papel que tuvieron las mujeres en la nueva sociedad colonial se redujo básicamente a la perpetuación de las costumbres hispanas en el seno de la familia. Además de enseñar a sus hijos dentro del hogar, algunas desempeñaron papeles destacados en las primeras escuelas y conventos que empezaron a erigirse en los principales núcleos urbanos.

El poder no estaba reservado para ellas y solamente les fue otorgado en casos excepcionales, cuando tuvieron que suplir a sus maridos. Tal fue el caso de algunas virreinas, gobernadoras y esposas de las primeras encomiendas y haciendas que, en ausencia de sus parejas, asumieron temporalmente o de manera permanente el control no sólo político sino también económico de sus dominios. Aunque también existieron mujeres que recibieron tierras directamente, como las encomenderas de Nueva España Catalina de Sotomayor, Beatriz de Andrada o Francisca Pizarro, hija del conquistador del Perú.

Las mujeres de las distintas civilizaciones americanas sufrieron en igual o mayor medida la intrusión de la nueva cultura europea. Tras la primera etapa en la que se vieron amenazadas por la violencia de los colonos, la interrelación entre indias y españoles fue inevitable y los matrimonios mixtos fueron una realidad. La mujer americana abandonó en muchas ocasiones, y no siempre de manera voluntaria, su hábitat original para trasladarse a las nuevas urbes en las que las oportunidades de trabajo supusieron un importante foco de atracción. Su incorporación a la cultura hispana las llevó en muchas ocasiones a dejar de lado sus creencias y a asumir los estereotipos marcados por la Iglesia católica. Abandonar siglos de tradiciones es más que probable que no fuera una decisión escogida por ellas, sino que se vieron inmersas como los

indios en el largo y dramático proceso de evangelización y aculturación que la Corona y la Iglesia desde España se afanaron por dirigir. Por supuesto que aquellas mujeres no borraron toda su historia, su memoria, sus recuerdos, sus costumbres, su cultura material, sino que, lo que pudieron lo continuaron manteniendo a su lado. De hecho, el culto a la ancestral diosa Pachamama aún permanece vivo en algunos rincones de América.

La población indígena no soportó la llegada de españoles al Nuevo Mundo y con el tiempo vio diezmada su población hasta límites cercanos al exterminio. Guerras, explotación y esclavitud, así como el contagio de enfermedades europeas que para los indios fueron letales, terminaron con la vida de muchos hombres y mujeres que vieron cómo la vida tal cual la habían conocido se desmoronaba como un castillo de naipes. De nada sirvieron las buenas palabras, las últimas voluntades de la Reina Católica Isabel de Castilla o el esfuerzo de unos pocos que lucharon contra el gigante de la avaricia. Las minas y plantaciones de América fueron explotadas por amerindios que al cabo de los años terminarían por sucumbir exhaustos. Ante la acelerada desaparición de mano de obra indígena, las autoridades españolas en ultramar vieron en la importación de esclavos desde África la solución a sus problemas. Esclavos y esclavas negras ya habían desembarcado en América en los primeros viajes, pero fue a partir del siglo XVII que la trata de esclavos se convirtió en un negocio a gran escala.

Las esclavas africanas fueron destinadas al trabajo en las plantaciones rurales como las de la caña de azúcar, en los talleres textiles de las ciudades, pero sobre todo en el servicio doméstico. Estas mujeres sufrieron la violencia masculina de sus señores provocando el nacimiento de un elevado número de hijos ilegítimos. El «derecho de pernada» fue una lacra que se cebó con las esclavas, cuya existencia fue extremadamente dura.



ALBÁN, Vicente. *Señora principal con su negra esclava* (1783). Museo de América de Madrid. Este cuadro forma parte de una serie de seis lienzos en los que representó distintas tipologías de hombres y mujeres de la sociedad de Quito. Esta imagen es un ejemplo de cómo muchas mujeres europeas de clase acomodada utilizaron servicio esclavo femenino para realizar las tareas domésticas.

La evangelización fue una de las principales empresas, junto con el expolio masivo de oro y la explotación de la tierra, de los españoles en América. Frailes, curas, misioneros de la más variada condición social y moral fueron los encargados de someter a los paganos indígenas. Además del empeño por convertir a los infieles y establecer el matrimonio cristiano como base de la sociedad colonial, la Iglesia cristiana intentó importar también el modelo de vida monástica a tierras americanas.

La fundación de conventos femeninos se inició pronto, a mediados del siglo XVI, expandiendo su área de influencia durante el siglo siguiente en las principales zonas urbanas de nueva formación. Los virreinos de Nueva España y Perú verían surgir muchos conventos que se convertirían en lugar de reclusión voluntaria pero también en solución a precarias condiciones de vida de las mujeres.

En estos centros religiosos tenían cabida mujeres de diferentes procedencias, desde las consideradas como «puras de raza» españolas habidas de matrimonios españoles, pero también mestizas, mulatas e incluso ilegítimas.

Los conventos suplieron la escasez de centros educativos para niñas en las ciudades coloniales. Allí se trasladaban en su infancia hasta que su destino, el claustro o el hogar, fuera definido. Catecismo, primeras letras y números, labores del hogar eran los principales rudimentos de un plan educativo que se configuraba sin control de las autoridades. Sólo cuando la Orden de la Compañía de María fundada por María de Lestonnac en la Francia de principios del siglo xvii llegó a tierras americanas un siglo después la educación femenina se formalizó y organizó. La orden, conocida como La Enseñanza y formada por religiosas preparadas para dedicarse a la educación, fundó distintos centros públicos y privados para instruir a las niñas. De todos modos, por aquel entonces aún estaba mal visto que una mujer estuviera versada en letras y lo que se les debía enseñar a las jóvenes era a encajar adecuadamente en una sociedad basada en la familia patriarcal. Ya se había quejado de ello la monja y escritora sor Juana Inés de la Cruz, considerada como una de las abanderadas del protofeminismo hispanoamericano, cuando reclamó una educación femenina intelectual equiparable a la de los hombres.

Aunque pocas, son algunas las escritoras que pudieron plasmar su talento literario en el papel. Tales fueron las poetisas Elvira de Mendoza, sor Leonor de Ovando, María de Estrada Medinilla y algunas otras que firmaron con seudónimos o con nombres de pila que hacen difícil rastrear su verdadera identidad. Y, por supuesto, sor Juana Inés de la Cruz, considerada como una de las eruditas más importantes del Siglo de Oro de las letras hispanas.

La llegada de la Ilustración a América trasladó al nuevo continente las principales reivindicaciones femeninas,



CABRERA, Miguel. *Sor Juana Inés de la Cruz* (h. 1750). Castillo de Chapultepec, Museo Nacional de Historia, México. Considerada como la «décima musa», esta religiosa de la Orden de San Jerónimo destacó por su magnífica obra literaria y por su defensa de la educación de las mujeres. Su biblioteca fue una de las más admiradas y reconocidas del siglo xvii.

centradas en la mejora de la educación de las niñas. Junto con la formación recibida en el hogar y las primeras fundaciones conventuales, existió lo que se vino a llamar las casas de las *amigas*, maestras que enseñaban a título personal a las niñas de las familias con mayor poder adquisitivo, aunque en alguna ocasión daban cobijo a algunas de clase humilde. En esta suerte de escuela rudimentaria, en la que se enseñaba poco más que catequesis, leer y escribir, estudiaban también niños. Durante todo el Siglo de las Luces, estos centros educativos permanecieron

inmutables, siempre se enseñaba lo mismo, sin una regulación oficial y con la duda constante puesta en el nivel formativo de las propias maestras. Fue también un tiempo en el que se puso el acento en la necesidad de formación igualmente a las niñas de las poblaciones indígenas. Para ellas se planteó una educación que las condujera a una integración en la cultura hispana, enseñándoles la lengua de los colonos y adoctrinándolas en el credo cristiano, aunque también se les ofreció la posibilidad de aprender un oficio que les permitiera ganarse el sustento y participar en el desarrollo de la industrialización del continente.

En 1620, el *Mayflower*, el primer barco que trasladaba desde Inglaterra un grupo de futuros colonos conocidos como «peregrinos», llegaba a la costa de Plymouth, en Massachusetts. Cuenta la leyenda que fue precisamente una de las quince mujeres que habían sobrevivido al duro viaje, Mary Chilton, la primera persona en pisar tierra de lo que en poco menos de dos siglos se convertiría en los Estados Unidos de América. Empezaba entonces una larga y dura incorporación del mundo occidental en el norte del continente americano donde, como ya sucediera en Hispanoamérica, el choque con las tribus indias fue una triste historia de violencia.

Mientras las mujeres indias sufrieron junto a sus compañeros tribales la invasión de su mundo que les llevaría a la extinción o a la vida en reservas, las esposas de los pioneros europeos trabajaron duro para hacer de la selva hostil para un pueblo venido del mar un lugar habitable y productivo en el que forjar un nuevo mundo. A los roles femeninos que trajeron consigo de trabajar en el hogar, cuidar de los niños y enfermos y ayudar en el campo, las mujeres de los peregrinos se arremangaron las faldas cuando fue necesario construir las casas o defenderse de los animales salvajes.